

Conexión Zaquencipa

Estamos escribiendo nuestra historia



**INFORME ESPECIAL:
NUESTRA VEGETACIÓN**

CONTENIDO

<u>Editorial</u>	4
INFORME ESPECIAL: NUESTRA VEGETACIÓN	
<u>Eutopía bajo el bosque</u> por Fernando Baena Vejarano	6
<u>Al ocaso, la esperanza se viste de gris</u> por Jairo Barbosa	10
<u>La vegetación del Alto Ricaurte, una historia cambiante</u> Humberto Mendoza	13
<u>Mano de Oso da voz a nuestra biodiversidad</u> por Ana Cristina Estupiñán y Juan Diego García	17
<u>Historia de un sueño</u> , por Rodrigo López, Luisa Lesmes, Sandra Rodríguez y Rienzi Rodríguez	21
<u>Diálogos con lo nativo: reflexiones de una especie vinculada</u> , por Ana María Constaín	25
<u>Hábitat con corazón</u> por Jairo Barbosa	27
<u>¿Sumercé se imagina la grandeza de su hogar con un árbol nativo?</u> por Liliana Páez	31



<u>Caminar en el bosque: botánica nativa de Iguaque</u> , por María José	33
--	----

<u>Su Majestad, el ecológico fique</u> por Olga Lucía Riaño	36
--	----

<u>El borrachero y sus secretos</u> por Rosa Suárez Prieto	40
---	----

MÚSICA

<u>La guitarra romántica, republicana, y la tradición constructiva colombiana</u> por Mercurio Bosio	43
---	----

POESÍA

<u>Amanecer</u> , por Angélica Koppel	46
--	----

<u>Cuento poético o poética historia el árbol que me vio nacer pacha mama y padre solar de cómo todo es distinto y todo es lo mismo</u> , por Angélica Koppel	48
--	----

<u>Luna</u> , por Angélica Koppel	50
---	----

Director Fernando Cordovez

Editor Gustavo Mauricio García Arenas

Comité Editorial Ana María Echeverri,

Arturo Bedregal **Revisión tipográfica** Ángela García

Webmaster Ana Arango **Fotografía portada** GuthenPhoto

Diseñadora Juana María Mesa Gandur

Villa de Leyva, Alto Ricaurte, Boyacá
conexionzaquencipa@gmail.com

+57 310 7114270

EDITORIAL

En el corazón del Alto Ricaurte, donde los Andes boyacenses se alzan majestuosos entre Villa de Leyva, Gachantivá y Santa Sofía, la flora nativa pinta un paisaje de resistencia ancestral y vida pulsante. Árboles como el roble —emblema eterno de Boyacá por su altura imponente y su fortaleza inquebrantable— custodian bosques altoandinos, protegiendo fuentes hídricas vitales y ofreciendo refugio amoroso a una avifauna diversa que llena el aire de cantos y colores. Junto a él, la palma de cera, el arrayán y el laurel de cera entretejen un dosel vivo que nutre el suelo con sus raíces profundas y alimenta el espíritu de comunidades, como las de *Conexión Zaquencipa*, recordándonos que cada hoja es un abrazo a la tierra.

Especies como el mortiño, la uva camarera, el yarumo blanco y el cedro rosado no solo embellecen el territorio con sus flores y frutos generosos, sino que sostienen la cadena de la biodiversidad en ecosistemas subandinos y altoandinos: polinizadores, aves e insectos dependen de ellas para sobrevivir, tejiendo una red ecológica que regula el clima, retiene el agua y previene la erosión. Iniciativas locales, e investigadores comunitarios, ilustran el poder restaurador de la siembra —con guamo, chicalá y nogal— en un acto de amor que revierte los estragos de la agricultura intensiva y el cambio climático, regenerando suelos degradados y asegurando la resiliencia de hábitats sostenibles para décadas venideras.

En esta entrega de *Conexión Zaquencipa*, compartimos testimonios y experiencias que, con la más profunda sensibilidad, nos acercan a los logros y ansiedades de quienes han elegido mirar al bosque, la vegetación, la fauna y el agua como tesoros frágiles y vitales que clamamos preservar y restaurar. Al recorrer la historia de nuestros bosques, entendemos no solo dónde estamos, sino los desafíos que nos convocan: sequías intensas, deforestación y presiones humanas que amenazan este equilibrio milenario.

Proteger estas plantas nativas es salvaguardar la identidad boyacense —su rica herencia muisca, sus comunidades vibrantes y la conexión espiritual con el entorno que ha inspirado nuestra cultura y tradiciones más queridas—. Estudiosos como habitantes del Alto Ricaurte, nos inspiran emular a los grupos comunitarios que siembran futuro con manos generosas, impulsando políticas de restauración que integren el roble insignia y la palma de cera en corredores ecológicos amplios y conectados entre otros.

Solo así, cultivando sostenibilidad con compromiso intergeneracional, este patrimonio vivo perdurará, nutriendo las generaciones que nos sucederán con la misma fuerza vital de nuestras raíces andinas. 🌀



*“Ser artesano es
dejar que el
ALMA
salga a la luz
transformada
en obra”.*

Parque Ricaurte, Villa de Leyva

📍 Carrera 9 # 15A-05

📷 @almabazar.villa

📞 3208732538

Eutopía bajo el bosque



Por Fernando Baena Vejarano

Hemos imaginado cómo volar, analizando las acciones de las aves. Seguramente pensando en los peces, a alguien se le ocurrió inventar alguna vez un barco que nadara bajo las aguas. ¿Y de los árboles qué? ¿Y de los hongos? ¿Y del entramado de milagros que se producen silenciosamente bajo la tierra, cuando caminamos por los bosques? Los admiradores de Darwin, en pleno auge del capitalismo industrial, seguramente encontraron ejemplar el concepto de competencia biológica para convertirlo en demostración del dogma del más fuerte, aplicado a la economía colonial. Si el mejor adaptado, más astuto y

mejor dotado para obtener la energía de los demás era en la naturaleza el que merecía pasar sus genes a la generación siguiente... entonces la lógica del competitivismo a ultranza era una especie de mandato divino. No toda idea inspirada en un fenómeno natural ha sido necesariamente sabia, justa, buena, verdadera y bella. Pero les tengo otra, que de seguro va a encantarles: cuando en este siglo XXI el planeta Tierra funcione como una inteligente plasta gelatinosa y descerebrada, entonces pasaremos de esta pelea de boxeo trilateral a lo que el filósofo Ken Wilber llamaría, no una utopía, sino una *eutopía mundicéntrica*.

No lo que nunca ocurrirá, sino lo mejor que pueda pasarnos.

Requisito: observar detenidamente. Los bosques no necesitan cerebro o dirección central, ni compiten por los recursos como clásicos empresarios decimonónicos. Funcionan en redes solidarias de información, producción y consumo de energía. Resuelven todas sus necesidades de manera eficiente, justa y proporcionalmente equitativa. Es decir: son más inteligentes que los sistemas humanos. La bioquímica del subsuelo arbóreo es un Bodhisattva de amor compasivo. No hay tiranos hipócritas, ni líderes engreídos descarados, ni corruptos manipulando con sus narrativas a la gente, en la sociedad de los bosques. En vez de eso, hay torrentes de inteligencia creativa.

**Cuando rondan
tóxicos, no solo
barren su propia
casa, sino que lo
hacen por todo el
vecindario.**

Y aquí viene un párrafo enredado, pero científico —hay que leerlo despacio—. Dicho todo con más bombo —para que nos lo tomemos en serio—, en la bioquímica subterránea de los ecosistemas forestales hay asociación *micorrizal*, una relación simbiótica entre hongos y raíces. En ese «mutualismo», ambos organismos se benefician y eso tiene nombre: *intercambio nutricional* y *bioconversión*. Los hongos excretan

enzimas que descomponen sustratos insolubles en agua, transformando materiales de desecho de la planta en alimento nutritivo con alto contenido proteico. Por ejemplo, las hifas del hongo (micorrizas endotróficas) penetran directamente en las células de las raíces de los árboles, formando estructuras ramificadas llamadas haustorios que actúan como órganos absorbentes especializados para el intercambio eficiente de nutrientes entre ambos. Y eso no es nada: las *micorrizas ectotróficas* de los hongos forman una vaina protectora alrededor de la raíz y sus hifas penetran en la corteza, facilitando la absorción sin invadir las células corticales, lo que ayuda a la estabilidad del árbol y a la distribución de recursos. ¿Se entiende?

Yo no entiendo nada, porque como biólogo soy apenas un buen filósofo del desarrollo humano. Pero le tengo un nombre a eso: la lógica «blob». El término designa con apodo al viscoso y pegajoso organismo que los biólogos engreídos llaman *Physarum polycephalum*. A diferencia del organigrama de un ejército —y de los imperios y las monarquías (verticales, jerárquicas y patriarcales)—, esa especie de gelatina amarilla y viviente, con apellido en latín, crea redes de distribución generosa de nutrientes. Estas redes de «blob» se fortalecen mediante contracciones químicas cuando encuentran alimento, optimizando la entrega de recursos a todo el sistema de manera eficiente: se ocupan del bienestar ajeno. Y cuando rondan tóxicos, no solo barren su propia casa, sino que lo hacen por todo el vecindario. La



naturaleza utiliza lógicas no lineales y redes de confianza bioquímica para asegurar que el «organismo social» del bosque prospere. Es una «red ferroviaria invisible» de hongos que no solo transporta alimentos, sino que también sabe dónde hace falta un recurso para proteger a los débiles. Esta «bioquímica de la solidaridad» ocurre bajo nuestros pies en los bosques de Zaquencipa. Es la Wood Wide Web (la red social del bosque).

¿Más pruebas? Disculpenme de nuevo la jerga, pero hay un *banco de alimentos* subterráneo: a través de los *micelios* (redes de hongos), los árboles no solo se conectan, sino que transfieren recursos vitales. Los árboles más grandes y viejos, que reciben más sol, producen un exceso de azúcar (carbono) mediante la fotosíntesis. A través de la red de raíces y hongos, envían este alimento a los retoños más jóvenes

que crecen en la sombra y no pueden producir suficiente energía por sí mismos. Y esa transferencia de carbono viene acompañada del *altruismo de nutrientes*: Si un árbol está enfermo o muriendo, a menudo libera sus reservas de nutrientes hacia la red para que sus vecinos las aprovechen, asegurando que el ecosistema se mantenga fuerte. Pero, además, tienen un *sistema de alerta temprana*, una especie de mensajería bioquímica, una especie de internet biológico con señales de defensa: cuando un árbol es atacado por una plaga, libera señales químicas específicas para que sus amigos se pongan la mascarilla a tiempo. Le avisa a todo el mundo. Si no me creen, preguntenle a internet, con alguna inteligencia artificial.

**No toda idea
inspirada en un
fenómeno natural ha
sido necesariamente
sabia, justa, buena,
verdadera y bella.**

Árboles hablan con árboles y con hongos que les hablan. Puro Walt Disney. Pero no usan lenguaje articulado. Ni tampoco piensan como nosotros, sino de modos misteriosos: ese lenguaje se llama bioquímica. También hay *reparación colectiva* y *cooperación multiespecie*: el hongo ayuda a la raíz del árbol a absorber agua y fósforo que de otro modo no podría alcanzar solo; y el árbol, en recompensa, le entrega carbohidratos. Para poner la cereza

en el pastel, también se ha probado el *intercambio estacional*: los abedules y los abetos intercambian nutrientes según la estación: cuando uno pierde sus hojas y no tiene energía, el otro le suministra lo necesario a través de las raíces.

La naturaleza prefiere la sinergia sobre la jerarquía. En otras palabras, ser generosos, solidarios y creativos no es lo que nos diferencia del milagro de la vida, sino lo que hemos heredado de ella. La ética no es otra cosa que superar nuestra sordera, un gesto imitativo. Si escucháramos esa sinfonía, sabríamos que no hay un «árbol jefe» que distribuya los recursos —y que de paso sea un corrupto y se los quede—.

Afinemos el oído. Dancemos el mensaje silencioso que la biología perfeccionó durante millones de años: seamos la música de los seres sintientes, la unidad de todo con todo en todas partes. ♪



Al ocaso, la esperanza se viste de gris

Por Jairo Barbosa

Al caminar el bosque se atraviesa necesariamente por lo ausente, se perciben sus vacíos, sus rupturas, sus mutaciones y cambios.

Reconocer lo que en él habita es imaginar lo que alguna vez fue; acaso soñar, idear, entrever hipotéticos encuentros en esa franja de posibilidades que deja el ensueño. Hay una memoria subyacente en el vestigio, en la comisura del tiempo ido; lo que apreciamos es apenas un destello de lo que fue, de su magnificencia, algo que no podemos siquiera imaginar pues abarca un tiempo cuya fracción se rompe en el intento de medirlo.

Todos los territorios han sido adecuados a las necesidades humanas.

Las capas de suelo teniendo fin son una continuidad pétrea y discernible; nos aportan suficiente información sobre los cambios que ha sufrido; la evolución se registra en márgenes profusos, horadadas por el agua, meandros donde la vida se renueva a cada instante y su origen se diluye en el hálito intangible de lo



evocado. Esas metamorfosis constituyen en sí una invitación a leer lo que no es evidente, a encontrar un sentido para que la narración no sea puramente arqueología; quizá también una interpelación consecuente con lo que hemos causado desde que incursionamos como especie dominante.

Alguna vez la selva no tenía un límite definido. Las especies mutaban y afloraban indistintas; las semillas

recorrían caprichosas esos no límites, dispersas por las aguas y los animales que circulaban incesantemente; las adaptaciones se daban gradualmente, como consecuencia de la autorregulación de los pisos térmicos. Fueron leves variaciones en lapsos de tiempo indeterminado; fueron matices que persistieron hasta generar sutiles diferencias que guardaron en el ADN de las especies valiosa información para poder resistir las inevitables transformaciones.

Lo maravilloso siempre ha estado ahí, aunque no siempre ha sido visible para todos. Nuestra geografía es un invaluable ejemplo de ello, al contemplar la disposición geográfica de las cordilleras, el magistral colapso que se arma en el nudo de los Pastos, los gruesos ramales que ascienden de las estepas del piedemonte llanero, las extensas mesetas que se generan en el altiplano cundiboyacense, los exuberantes valles que anidan entre las cordilleras Central y Occidental, la impaciente selva húmeda del Pacífico, los riscos y cuencas que abren el paso de las aguas que vienen de los páramos y que forman caudalosos ríos que transitan por temerarios cañones que contrastan con los picos y serranías que se yerguen en un intento agónico de fundirse con las nubes, para detenerse en esas cimas icónicas e inverosímiles.

Las sierras nevadas, volcanes de hielo, guardianes de lo inconmensurable, que también gradualmente han ido perdiendo sus velámenes blancos, sus fríos mantos, cobijos

del tiempo que alguna vez creímos que tendrían la condición sagrada e inalterable de lo eterno y lo que poco a poco se han ido devorando entre intereses mezquinos y abandono estatal, que habían logrado la condición de impenetrable hasta escasos decenios.

La selva amazónica, ese abigarrado mundo del que desconocemos más que lo sabido y que ahora se debate ante la impunidad de las mafias y de capitales corruptos de políticos locales, inversionistas ganaderos y mafiosos extractivistas, que cuentan con ejércitos propios, que levantan insignias caducas y entonan cánticos que no alcanzan siquiera a comprender, pero que les da un hálito revolucionario que hiede a burda mafia.

**Lo maravilloso
siempre ha estado
ahí, aunque no
siempre ha sido
visible para todos.
Nuestra geografía
es un invaluable
ejemplo de ello.**

Intentemos vislumbrar esa secuencia geográfica ininterrumpida y podremos reconsiderar el concepto de corredor biológico, la dimensión que guarda y la vida que alberga; imaginar la biota que alguna vez lo contuvo y las conectividades biológicas que significó para este territorio enclavado entre dos mares, tres cordilleras, cuencas, ríos,



quebradas, lagos, lagunas, extensos humedales, volcanes, en fin, esa agreste topografía, única e irrepetible, traducida en una espesa y abigarrada selva que conecta multiplicidad de pisos térmicos y variaciones boscosas que conviven desde el bosque húmedo tropical hasta la vegetación de páramos y glaciares permanentes.

Lo que alguna vez fueron grandes lagos o mares interiores, como la sabana de Bogotá y el valle de Zaques, por citar solo dos ejemplos cercanos; se convirtieron en fértiles valles de altura, intercalados con majestuosos humedales y bosques de robles, encenillales y multiplicidad de especies nativas relacionadas, en donde transitaban grandes mamíferos y aves fertilizando y dispersando semillas por doquier, hoy ya completamente transformados sus ecosistemas, generando ruptura total con el paisaje, donde priman jardines foráneos y urbanismo y se presentan graves problemas de abastecimiento hídrico.

Las zonas de contraste siguen siendo los riscos, donde la vegetación

que logra sostenerse es densa y de baja altura, pero ya las conexiones entre los ecosistemas han perdido su cobertura original y ahora son «fecundos» pastizales; los valles boscosos que entrelazaban serranías fueron talados para ampliar las fronteras agrícolas y ganaderas, el desarrollo y la demanda de maderas para la construcción terminaron arrasando una incalculable cantidad de biota, la gran mayoría incentivados por el espíritu desarrollista de principios a mediados del siglo pasado. Hoy solo quedan parches o relictos de bosques que paulatinamente han ido perdiendo las condiciones de permanencia, el hábitat compartido con la fauna, cuya renovación es lenta y crítica.

**Intentemos
vislumbrar esa
secuencia geográfica
ininterrumpida
y podremos
reconsiderar
el concepto de
corredor biológico,
la dimensión que
guarda y la vida
que alberga.**

La huella humana ha logrado degradar lo que tardó milenios en formarse; ha sido un acto continuo desde las primeras exploraciones de nuestros ancestros homínidos. Todos los territorios han sido transformados y adecuados a las necesidades humanas. El desarrollo ha sido el motor del desequilibrio,



Devastación en la selva amazónica

acelerándose de una manera temeraria en los últimos decenios, y pese a la certeza científica de un no retorno, pareciera improbable que logremos detenerlo.

El Antropoceno, la era que aún no reconoce la comunidad científica, pero que en la dimensión que encara, como modelo de desarrollo consumista basada en el uso de combustibles fósiles y la sobreproducción de desechos, es irrevocablemente el causante de la degradación de los ecosistemas, llegando a un punto de ruptura irreversible. Contrasta con el ejercicio de la restauración y la adopción de modelos energéticos amigables con el medio ambiente, que a la postre vienen siendo actos románticos, profundamente loables y quizá también la única manera de reconciliarse con la vida, salvo que para un porcentaje comparativamente mínimo de la población mundial, ello aún resulta incomprensible, especialmente para quienes manejan los medios de producción. La relación de ellos con la naturaleza es de mero beneficio, y para muchos es preferible sucumbir a desmontar industrias, modelos de vida y prácticas de consumo. Más aún, consideran que eso del cambio climático es una falacia inventada por esos fanáticos ambientalistas que son como una plaga que se reproduce con solo la invocación de la verde esperanza. ☹

La vegetación del Alto Ricaurte, una historia cambiante

Por Humberto Mendoza

Este artículo explora la historia vegetal de Villa de Leyva y la provincia del Alto Ricaurte, mediante el trazo de un viaje en el tiempo desde la era de los dinosaurios hasta nuestros días. La vegetación, que comenzó su aventura evolutiva hace 500 millones de años con las algas verdes, ha dejado una huella fascinante en esta región de Boyacá.

Durante el Cretácico Inferior (hace entre 140 y 100 millones de años), el paisaje circundante de Villa de Leyva estaba dominado por antiguos bosques de pinos, araucarias y cicas. El sacerdote Huertas, pionero en estos estudios, identificó diversos fósiles de estas especies en la zona de Ecce Homo que hoy nos permiten reconstruir esos ecosistemas primigenios (Fig. 1).

Más adelante, hace unos 20 millones de años en el Cenozoico, el entorno cambió drásticamente. Con el terreno ya emergido plenamente, el paisaje se transformó en selvas tropicales de baja altitud, parecidas a las que vemos hoy en el Magdalena Medio. Los fósiles de hojas anchas encontrados en la mina La

Marmolera son el testimonio vivo de ese pasado cálido y exuberante (Fig. 2).

Posteriormente, ocurrió un evento crucial para el paisaje que conocemos hoy: la llegada del roble desde Norte y Centroamérica. Hace cerca de un millón de años, el roble inició su colonización de los Andes septentrionales. Se cree que este proceso fue favorecido por una intensa actividad volcánica en la Cordillera Central; las cenizas resultantes se depositaron sobre las cordilleras, preparando el terreno para su expansión.

La alteración más drástica ha sido la «sabanización» de la montaña mediante la introducción de pastos forrajeros.

El roble (*Quercus humboldtii*) es una especie emblemática que habita principalmente en Colombia y

una pequeña franja de Panamá. En la actualidad, esta especie domina gran parte de la vegetación en zonas húmedas de media montaña, formando imponentes bosques (rodales) en un rango de elevación entre los 2.000 y 2.800 metros.

En tiempos geológicos más recientes, específicamente durante el Holoceno (hace entre 10.000 y 13.000 años), los páramos terminaron de moldear su apariencia actual. Este proceso fue impulsado por los ciclos de glaciaciones; de hecho, durante las épocas de frío intenso, el páramo descendía y cubría áreas mucho más bajas y extensas. Al finalizar el último periodo glacial hace unos 10.000 años, el aumento de la temperatura obligó a este ecosistema a «subir» por las montañas, refugiándose en las zonas altas, por encima de los 2.800 metros, donde se mantienen hoy como islas de biodiversidad.

En un periodo posterior a la configuración de los páramos, se asocia el surgimiento de la vegetación seca y subxerofítica característica de la zona. Este fenómeno se debe a la dinámica de las corrientes de viento que, al interactuar con la topografía, generan una «sombra de lluvia». La barrera orográfica obliga a las masas de aire a descargar su humedad en las laderas externas, provocando que el aire que desciende hacia el valle sea seco y cálido, favoreciendo así a las especies adaptadas a la escasez hídrica. Este proceso de desecación del ambiente fue determinante para la formación de los enclaves secos presentes entre

los municipios de Villa de Leyva, Samacá y Ráquira.

En síntesis, en la región del Alto Ricaurte se desarrollan estos tres tipos de vegetación con sus variantes: bosques andinos dominados por el roble, páramos con presencia principalmente de frailejones (*Espeletia*) y la vegetación seca, esta última con plantas muy características como el hayuelo (*Dodonaea viscosa*), el gague (*Clusia multiflora*), el flor amarillo (*Tecoma stans*), el fique (*agave americana*) y el dividivi (*Caesalpinia spinosa*) (Figs. 3, 4 y 5).

En la era actual, definida por muchos investigadores como el Antropoceno, la vegetación original del Alto Ricaurte ha sufrido transformaciones profundas debido a la deforestación, los incendios forestales recurrentes y el calentamiento global (Fig. 6). Como consecuencia, gran parte de la vegetación nativa ha sido reemplazada por especies foráneas que hoy se encuentran naturalizadas —es decir, que se reproducen de forma autónoma—. Entre estas destacan el pino (*Pinus spp.*), el ciprés (*Cupressus lusitánica*), el eucalipto (*Eucalyptus spp.*), el urapán (*Fraxinus ulei*) y, en zonas de ribera, el sauce llorón (*Salix humboldtiana*).

Sin embargo, la alteración más drástica ha sido la «sabanización» de la montaña mediante la introducción de pastos forrajeros. En estas nuevas sabanas predominan especies invasoras altamente adaptadas al fuego, como el pasto

Yaraguá (*Melinis minutiflora*), originario de África. Esta especie, que cubre extensas áreas del macizo de Iguaque, representa una grave amenaza ecológica: su capacidad para acumular grandes volúmenes de biomasa seca la convierte en un combustible altamente inflamable, siendo uno de los principales factores que propician y propagan los incendios forestales en la región (Fig. 7).

Finalmente, y referente a la flora del Alto Ricaurte, acorde con registros del Instituto Humboldt, en la región se documentan cerca de 900 especies de plantas pertenecientes a más de 150 familias de plantas vasculares, de las que el 90 % son nativas y el resto, introducidas. Dos especies son endémicas al Santuario de Fauna y Flora de Iguaque, 47 categorizadas en algún riesgo de amenaza, y 213 tienen algún tipo de uso, ya sea medicinal, alimenticio, ornamental o industrial. 🌀

Figuras



Figura 1. Bosques del Cretácico Inferior



Figura 2. Bosques del Cenozoico

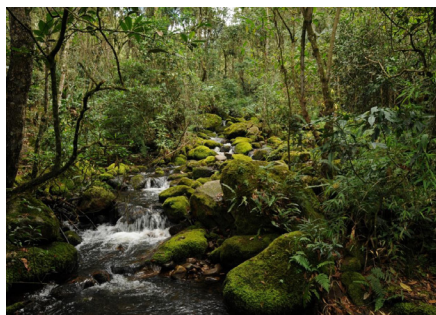


Fig. 3. Bosques de roble



Fig. 4. Vegetación de páramo



Fig. 5. Vegetación seca con hayuelo y agaves



Fig. 6. El Antropoceno



Fig. 7. Sabanas en montañas con dominancia del pasto tipo Yaguará

Mano de Oso da voz a nuestra biodiversidad

**Por Ana Cristina Estupiñán
y Juan Diego García**

Somos Mano de Oso —Juan Diego y Ana Cristina—, biólogos apasionados por las plantas, y nuestros dos maestros, Huayra Roble y Swaty Halcón. Somos una familia que ha escogido como proyecto de vida la restauración ecológica. Esto es, reconectarnos con la memoria que aún existe de los ecosistemas de este territorio y caminar el proceso de germinar y propagar esa memoria. Esto nos implica llevar a cabo algunas tareas fundamentales: caminar, caminar mucho, caminar lento, caminar con los niños a cuestras, caminar con otras familias que llevan niños a cuestras, caminar y detenernos frecuentemente; hacer silencio, observar las flores, las espinas, las cortezas, las viejas piedras que cuidan; las primeras plantas que aparecen, las que han permanecido desde el inicio; el color de los suelos y si sirven para moldear; las hojas, si se distribuyen de a una, de a dos, de a tres; si parecen manos o cucharas; los frutos, si son livianos y tienen alas, o si son pesados y tienen huellas de mordedura. Hacer silencio de nuevo, callar la mente, escuchar: escuchar la historia de los lugares, las voces de quienes los habitan, los sueños de quienes los cuidan, las necesidades de quienes los usan.



Mano de Oso

Voces humanas y no. Entonces, con los bolsillos y el espíritu llenos de las semillas del territorio, buscamos la tierra apropiada y empezamos a sembrar. Cada semilla nativa tiene una historia particular y esto implica un cuidado y unas necesidades específicas. Este proceso es uno de los que lleva a una mayor precisión de conocimiento y conexión.

Vivimos en el Alto Ricaurte hace once años, y así, reconfigurándonos como familia desde que éramos dos, después tres y ahora cuatro, viviendo en Villa de Leyva, luego en Gachantivá y ahora en Arcabuco,

transitamos día a día este caminar con todas sus maravillosas mutaciones. Las voces de este territorio son sonoramente variadas. En menos de cuarenta kilómetros en línea recta, podemos encontrar al menos cinco o seis grandes ecosistemas con una identidad única. Como en cualquier ámbito que implique la manifestación de la diversidad, se hace muy necesario respetar profundamente las maneras en que esta diversidad se expresa, las relaciones que establece y que han permitido que hoy esté presente como está presente.

**Con los bolsillos y
el espíritu llenos
de las semillas del
territorio, buscamos
la tierra apropiada
y empezamos
a sembrar.**

Como ejemplos, vamos a exponer un par de casos, entre muchos que hemos ido descubriendo en este transitar, en los que se nos ha manifestado la importancia de respetar las singularidades de esta diversidad, como pilar fundamental en todo proceso de restauración ecológica: los enclaves secos altoandinos y los guamos nativos.

Nuestra diversidad identitaria como habitantes del altiplano cundiboyacense no está únicamente en la exuberancia y la humedad de los bosques andinos y los páramos. También está en los matorrales de los enclaves secos. En el gurrumay,

el cucharo negro, el corono, las tunas y el dividivi; en los arbustales que crecen abrazados a magníficas piedras. Pero muchos desconocen estos ecosistemas y los enclaves secos han sido relegados históricamente a la indiferencia, tanto así que ni siquiera solemos darle el nombre correcto, refiriéndonos con frecuencia a ellos con el nombre de «desierto». Los enclaves secos altoandinos son de los ecosistemas más particulares de Colombia, un país donde la humedad es la norma, evolucionando durante millones de años como islas secas de altura. Han sido una obsesión para Mano de Oso, viviendo y caminando desde hace tanto tiempo en cercanías del hermoso enclave seco de Sáchica y Villa de Leyva: escuchamos sus historias, viajamos por Boyacá y Cundinamarca en busca de memorias, recogiendo semillas, leyendo mucho. Ha sido muy difícil encontrarnos con la «foto» de este ecosistema antes de cualquier intervención humana: los enclaves secos son uno de los ecosistemas más amenazados en Colombia, muchos han terminado convertidos en canteras o basureros. Con relación a la restauración, el tema no es mucho más alentador y la información relacionada con los procesos o estudios en estos ecosistemas es casi inexistente, y cuando existe la voluntad de revegetalizar estos espacios, muy pocas veces se tienen en cuenta sus valiosísimas particularidades, pretendiendo llegar a escenarios de exuberancia vegetal más cercanos a lo que hay en el Mediterráneo europeo, o en el mejor de los casos, a escenarios de bosque de



robleadal.

Ahora hablemos del guamo. Cuando hablamos de él nos referimos a más de cien posibles especies para Colombia del género *Inga*, dentro de la familia a la cual también pertenecen los frijoles y la alverja: las leguminosas, una familia supremamente importante para los procesos de restauración, pues tienen la magia de fijar nitrógeno. Casi todo colombiano tiene un recuerdo de haber comido guamas alguna vez. Lo que casi esa misma cantidad de población desconoce es que, por lo general, por debajo de los 2.900 metros sobre el nivel del mar, cada región de este país cuenta con su propio guamo. Cuando empezamos a implementar nuestras primeras siembras para la restauración y estábamos en la búsqueda de plantas fijadoras de nitrógeno para incorporar a las estrategias, no podíamos dejar de tener en cuenta a los guamos, y así empezamos a buscarlos en los viveros. Siempre la misma respuesta, el mismo único guamo que por esta promoción está ampliamente sembrado. Nunca hemos visto a este guamo metido en los bosques de este territorio. Empezamos entonces a caminar e indagar sobre los guamos propios, y en esta aventura la lista ya va por cuatro especies diferentes: una asociada a márgenes de quebradas en las partes más secas del territorio y tres más típicas de robleadal, las cuales ya propagamos en nuestro vivero.

Somos Mano de Oso. Así como con los enclaves secos y los guamos, durante un proceso de restauración ecológica, intentamos siempre hacer la pausa de escucha para dar voz a cada manifestación de biodiversidad en este territorio, una oportunidad muy bonita de asombro

Historia de un sueño



Encenillo

**Por Rodrigo López,
Luisa Lesmes, Sandra Rodríguez
y Rienzi Rodríguez**

En 2019 compramos un terreno del que nos enamoramos a primera vista. Desde el primer día encontramos allí tranquilidad y mucha energía. En cada visita nos recibía el roble más viejo y sabio. Cada abrazo con él era reconfortante, era como un abuelo que acoge, proporciona semillas, alimenta, da sombra, cuida y permanece atento. Siguiendo el ejemplo del abuelo roble, la idea de cuidar este lugar cada día cobró más fuerza en nosotros, junto con el deseo de que en el futuro lo puedan

disfrutar otras personas y otras especies. Empezamos a sembrar robles, gracias al regalo de amigos que tenían algunas plantas germinadas por ellos, y a la Feria del Árbol de Villa de Leyva. Fueron sembrados con la técnica tradicional que conocíamos, dejando varios metros de distancia entre uno y otro, pero su crecimiento era muy lento y les faltaba fuerza.

En 2020 conocimos a Juan Diego y Ana Cristina, de Mano de Oso, y

empezamos a trabajar juntos para llevar a cabo lo que ellos llaman un proceso de «restauración del bosque», que consiste en replicar lo que se observa en algunas zonas deforestadas que dejaron de ser explotadas con fines agropecuarios y en donde se ven núcleos de regeneración natural: grupos de plantas creciendo en áreas relativamente bien definidas en las que una especie pionera coloniza, comienza a desarrollarse y luego inicia un proceso de «reclutamiento» de diferentes plantas, que empiezan a crecer muy cerca unas de las otras. Estos núcleos o «islas» se desarrollan como minibosques, que con el pasar del tiempo se tornan más y más complejos. Es decir, mayor diversidad, mayor amplitud de la isla y mayor altura de los individuos que la conforman. Así, las diferentes islas que se establecen en un área llegan a encontrarse y se fusionan, surgiendo de nuevo el bosque.

**Se trata de apoyar
el proceso de
restauración
natural, respaldando
la labor que realizan
las aves, el viento y
los mamíferos.**

Se trata también de apoyar el proceso de restauración natural, respaldando la labor que realizan las aves, el viento y los mamíferos. El elemento sobresaliente de la



estrategia es la siembra de varios individuos de diferentes especies «en un mismo hueco» con la teoría de que, al crecer juntos, es inevitable que sus raíces interactúen y se desarrollen simbióticamente con hongos y demás microorganismos que cooperan en beneficio de todos.

En octubre de 2020 hicimos la primera siembra con Mano de Oso, y desde entonces hemos sembrado en cada temporada de lluvias del año, siempre con su apoyo y la ayuda de vecinos. Los resultados han sido espectaculares. Hemos sembrado más de 3.500 árboles y sobreviven más del 95 %. Por otro lado, ya se ven individuos de cerca de cinco metros de altura (borracheros y sangregaos) que impactan, sobre todo al compararlos con los primeros árboles que fueron sembrados con la estrategia tradicional que conocíamos y que no sobrepasan la altura de una persona. Hoy Encenillo es una Reserva Natural de la Sociedad Civil, lo que nos tiene felices y satisfechos.



Colaboración y competencia, del bosque a la empresa

Este método de siembra es un ejemplo de colaboración entre especies de árboles que trabajan juntos para el desarrollo del bosque, en contraposición con la idea de la siembra tradicional, en la que los árboles se siembran ordenados y distantes uno de otro, como si la proximidad y la diversidad generarán competencia.

Este ejemplo de colaboración contra competencia nos inspiró a hacer un paralelo con el mundo empresarial. En diciembre de 2025 la empresa AutoTrain —de uno de nosotros— cumplió treinta años y la celebración fue en Villa de Leyva.

Decidimos hacer un ejercicio en la reserva para vivir la experiencia de la siembra de árboles con la técnica de colaboración, para sacar conclusiones que sirvieran para proyectarnos como equipo hacia el futuro.

El ejercicio consistió en sembrar árboles en la reserva con un grupo de 32 personas, y fue revelador. Sin un plan estricto, cada uno se hizo cargo de una tarea: transportar plantas, retirar residuos, arreglar hoyos, revisar el orden de siembra, retirar talegas, colocar los árboles, agregar la tierra o agregar material vegetal sobre la siembra; hacer comentarios sobre un árbol mal sembrado o bromas para animar a los otros. Trabajamos juntos, la pasamos bien y el resultado fue que se sembraron los

árboles, que hubo errores y se corrigieron, que quedamos satisfechos y con la convicción de que la colaboración entre todos es una buena semilla para la construcción del futuro de la empresa. El aprendizaje es que la colaboración es tanto o más efectiva que la competencia. Al trabajar juntos como lo hace un bosque natural, las empresas pueden compartir conocimientos, habilidades y recursos, reducir costos y riesgos, aumentar la innovación y la creatividad y mejorar su capacidad para enfrentar desafíos. La colaboración no solo conduce a la realización de las metas, sino que también crea un ambiente agradable y productivo. Al final es la colaboración lo que hace que un bosque, un equipo o una empresa sean verdaderamente exitosos y sostenibles.

Apoyos y ayuda

En este proceso, muchas personas y organizaciones nos han apoyado, acompañado y asesorado. Cochahuaira y Corpotivá, motivándonos y apoyándonos de muchas maneras para la consecución del registro como Reserva de la Sociedad Civil, el vivero El Mogote con sus maravillosos árboles, los viveros de Parques Nacionales en Iguaque, Olga Lucía Guerrero y David Julio y sus hijos trabajando codo a codo desde el primer día de restauración, y muchos amigos y vecinos que, en plan de paseo, de aprender y acompañar, nos han dado su respaldo.

Encenillo representa una reserva natural que cuidamos de manera consciente, un lugar de encuentro de amigos y familia, un lugar para conectarnos con lo que es importante, un lugar de reflexión, un lugar que simboliza una parte de nuestro presente y el futuro para muchas especies y personas. 🌀



Diálogos con lo nativo: reflexiones de una especie vinculada

Por Ana María Constaín

Soy vinculada. Así nos llaman a quienes vivimos en Villa de Leyva, pero no nacimos aquí. Por lo tanto, no soy nativa, sino más bien una de esas especies importadas por los extranjeros que a veces pegan en ese nuevo territorio, y a veces no. Plantas que a veces secan la tierra y erosionan el suelo, o que desequilibran el hábitat, trayendo nuevas plagas o invadiendo un espacio que no es suyo. O que florecen a destiempo. O que no logran sobrevivir sin mucha ayuda extra, gastando agua de más. Pero también pueden ser especies que traigan novedad, o reciclen un poco la tierra desgastada, favoreciendo el retorno de las nativas que se daban por extintas. Nuevos sabores y colores que enriquecen el paisaje, otras posibilidades nunca antes pensadas.

Soy una especie importada, que a veces no termina de pegar en el territorio.

La verdad es que no sé mucho de plantas. Pero, justamente, al vivir acá, ese reino vegetal dejó de ser



Ana María Constaín

para mí un simple paisaje. Pronto se hizo obvio que este bosque nativo que me rodea es y hace parte, sin esfuerzo alguno. Está y ha estado mucho antes de que este territorio fuera parte de mis planes. No me pide mayor cosa, salvo que no lo aniquile con mis proyectos urbanos. Me reconforta de una extraña manera, aunque, al llegar, esa palabra, «nativo», me fuera tan ajena. Siempre me he sentido extranjera en el mundo. No importa en qué



lugar viva, tengo una sensación de no entender del todo qué pasa a mi alrededor. Mi arraigo a la tierra es un concepto que mi cuerpo aún no ha entendido del todo. Soy una especie importada, quién sabe de dónde, que a veces no termina de pegar en el territorio.

Pero esas plantas nativas de mi casa me recibieron con bondad. Tal vez porque llegué con humildad, reconociendo mi ignorancia y dejándoles estar sin imponer mi voluntad. Por lo mismo, entiendo la pasión de quienes protegen con convicción la semilla nativa; que evitan que se mezcle con otras especies o que sea polinizada por especies entrometidas. Resguardar el tesoro del origen para conservar la pureza y la sabiduría tan propia de lo que emerge por naturaleza. Yo misma soy testigo de la inteligencia intrínseca que tiene un hábitat al que se le deja en paz.

Pero soy vinculada. De alguna manera, soy esa semilla entrometida que interfiere con el orden natural. Observo el árbol que entremezcla sus ramas en la estructura de la casa y la rama que reposa sobre la

materia que yo me traje. Las hierbas que llegaron de otros continentes y que conviven con la maleza terca que se reproduce sin permiso una y otra vez. Las especies resistentes a las vicisitudes del tiempo y las que se ocultan en el páramo y son guardianas del territorio. Quizás ese orden natural incluya lo diverso: el origen, la mezcla, lo nativo y lo agregado.

No soy nativa y nunca lo seré. Es una pretensión que, en todo caso, no tengo. Pero sin duda, convivir con especies nativas me reconcilia con ese aspecto de la vida que cuando hay confianza en la ancestralidad y la fuerza de la tierra, el equilibrio no requiere de tanto esfuerzo. La pertenencia está dada y la existencia puede ser simple, casi predestinada. Me conecta con la resiliencia y esa sabiduría y certeza de ser lo que se es y encontrar valor en ello. Recibo todo eso y lo guardo en el corazón, reconociendo que mi experiencia humana tiene otras cualidades, las de esa vinculada que eligió una ruta más difícil para traer nuevas semillas que no se darán con tanta facilidad. ☯

Hábitat con corazón



© W. Macha

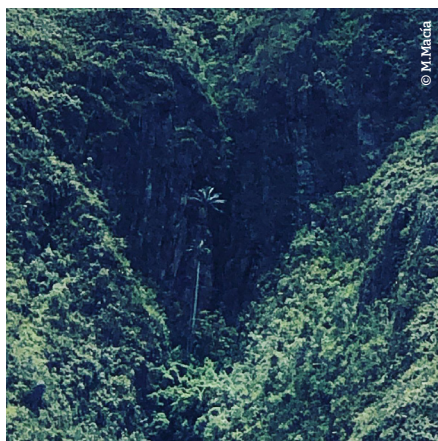
Pensilvania

Por Jairo Barbosa

Corazón de la Montaña es una de las reservas naturales de la sociedad civil más extensas del territorio. Ubicada entre los departamentos de Boyacá y Santander, hace parte del complejo de páramos Guantiva-La Rusia / Iguaque Merchán, abarca varios pisos térmicos y está enclavada en el corredor de robles de Guanenta-Alto Río Fonce.

Sembrando un árbol se empieza un bosque.

En el ejercicio de ser ambientalista, persona preocupada por las problemáticas medio ambientales, la idea de ser propietario de un espacio natural, en este caso un gran predio circunscrito a una zona protegida o parque nacional, no se traduce en un haber material ramplonamente; es más bien un apostolado, un compromiso que obliga a la coherencia y a la búsqueda de un sentido, de una razón fundamental que involucre la existencia misma y un concepto más profundo de lo que significa la palabra «vida», o biota, como lo designan los expertos, en tanto



Reserva Natural Corazón de la Montaña

suceden una infinidad de procesos que a simple vista escapan de la comprensión humana, sobre todo si no se es biólogo o naturalista.

Las herencias son o bien producto del destino o de la suerte, cuyo origen parte de una esmerada labor o de una apuesta aventurera que solamente se concibe en circunstancias muy particulares.

En este caso, suerte y destino se juntan para que una de las herederas de un osado emprendedor paisa reciba un legado incuantificable e inabarcable: un predio que hasta el día de hoy conserva, desde su origen mismo, un gran porcentaje de bosque primario. El resto obedece al porcentaje que fue explotado como recurso maderable de uno de los seres más emblemáticos de nuestra flora —el *Quercus humboldtii*, roble blanco o roble colombiano—, para producir durmientes para la ingente empresa de los Ferrocarriles Nacionales, símbolo inequívoco de una Colombia de mediados del

siglo XX en pleno desarrollo, y se ha estado restaurando pasivamente durante los últimos 65 años.

Hablamos de **Mónica Macía**, una mujer colombiana que desde su temprana adolescencia vivió, estudió y se formó en Estados Unidos, pero que siempre mantuvo un vínculo muy estrecho con el país.

Sus primeros cinco años de vida transcurrieron en una vereda aislada de Guanentá, en una casona campestre propiedad de su abuelo, en un territorio agreste y boscoso, lleno de ríos, meandros, paisajes indescriptibles y absolutamente mágicos.

Ser propietario de un espacio natural es más un apostolado, un compromiso que obliga a la coherencia y a la búsqueda de sentido.

Los recuerdos de la casa solariega de su abuelo la han acompañado como una ensoñación donde la naturaleza estuvo siempre presente. A comienzos de este siglo, la conciencia de esa heredad y su enorme valor ambiental la llevan a buscar la manera de devolverse al país, para así poder hacerle frente a la herencia de su padre. A punta de tenacidad y disciplina logra convertir gran parte del predio en el año 2021 en Reserva Natural de la Sociedad Civil.

De tener un mínimo conocimiento de la flora y las especies botánicas, empieza a estudiar, aprender y reconocer el contenido de ese incommensurable lugar.

Con la idea de restaurar, de volver a reconstruir el hábitat original en los espacios donde se habían plantado eucaliptos, descubre que como las especies que desde más de medio siglo atrás fueron introducidas han logrado una completa sinergia con el bosque nativo, la intención de erradicarlas se desvanece ante la frondosidad de esos grandes seres que conviven respetuosamente con las especies nativas; aunque, por otra parte, el efecto biológico de su presencia se haya traducido en la disminución de las escorrentías superficiales.

**Fue la osa
Pensilvania la que
nos puso frente a la
compleja realidad
de los corredores
biológicos, al
enseñarnos su
verdadero sentido.**

La labor de restauración la lleva a cabo a partir de la recolección de semillas del mismo bosque y a la construcción de semilleros y, posteriormente, viveros de crianza de especies nativas, las cuales poco a poco se fueron reintroduciendo para fortalecer y enriquecer los espacios que fueron más afectados durante los años de usufructo.

Esa amigable relación con el bosque y su latente recuperación se refleja en la reaparición de la fauna, al convertirse en un verdadero refugio de animales silvestres, lo que la impulsa a transformar la reserva Corazón de la Montaña en un centro de investigación y refugio de fauna silvestre, en donde instituciones como Corpoboyacá y la Universidad Juan de Castellanos liberan animales que han sido rescatados en otros contextos: halcones, nutrias, zorros, zarigüellas, tigrillos, etc. Uno de ellos fue Pensilvania, una osa rescatada en una vereda de Monquirá, de la que toma el nombre, la que sería la primera osa andina liberada con collar satelital y señal VHF en su ambiente natural y que a su vez haría comprender la inexistencia de los límites territoriales, lo incomprensible de las delimitaciones geográficas, la gravedad de la fragmentación del territorio y, por ende, la necesidad de restaurar los corredores biológicos, que vienen a ser las rutas de desplazamiento natural de la fauna y que, debido a la tala incontrolada y el avance de las fronteras agrícolas, se han disminuido, afectando de forma lamentable a la población silvestre hasta amenazar su existencia.

Fue, sin duda alguna, la osa Pensilvania la que nos puso frente a la compleja realidad de los corredores biológicos, al enseñarnos su verdadero sentido, marcando una ruta que solamente ella sabía y tratando quizá de volver a su lugar de origen, pues teniendo a su disposición un sin número de hectáreas para su desplazamiento, vino a morir en un

desconectado relicto de robles en una vereda de Cómbita, después de haber atravesado gran parte del Parque Regional El Valle e intentar salvar la carretera que corta ese corredor, queriendo llegar a Iguaque.

La disposición de esta noble señora la ha convertido en un referente de la restauración de hábitats naturales, no solamente en Boyacá, sino en otras partes del país. Su dedicación en el caso de Pensilvania demuestra que no es necesario ser científico para comprender la importancia de la fauna silvestre, procurar su protección y, sobre todo, hacer acciones para lograrlo. Esa actitud desinteresada ha sensibilizado a los habitantes de las veredas circundantes de Guanentá, respecto al valor de la fauna silvestre.

Igualmente, la ruta que trazó la osa llevó a Mónica a buscar un sitio en una vereda en el Alto Ricaurte, donde ha empezado a generar una conexión, un corredor, un pensamiento, que haga posible la restauración de hábitats que logren encadenar este gran complejo montañoso, una tarea indudablemente ingente, pero que es necesario iniciar de alguna manera, pues sembrando un árbol se empieza un bosque. 🌀



Núcleo de restauración en zona de eucaliptos, Reserva Corazón de la Montaña

¿Sumercé se imagina la grandeza de su hogar con un árbol nativo?



Abeja polinizadora

Por Liliana Páez

Es voluntad, es amor, es despertar y ver la grandeza de la vida. Es entender la importancia de lo propio, de aquello que le pertenece a la tierra, de lo que nació para cumplir múltiples funciones ecosistémicas. ¿Suena raro? Tal vez, pero no lo es, porque un árbol nativo se convierte en fuerza y vida para alguien.

Más allá de su importancia y de sus innumerables contribuciones a todas las formas de vida, cada día los

necesitamos más, y ni qué decir del hogar que representan para los polinizadores.

Polinizando en Ricaurte

Por ejemplo, uno de los polinizadores más valiosos es la *Apis mellifera*, sí, las abejas: las más importantes para la vida, las que ayudan a sostener a toda la especie humana. Cada uno de estos seres merece un hogar que los abraza, un refugio que les

permita vivir con dignidad. Y todos podemos sumar a esta causa, desde lo poco o mucho que tengamos, porque siempre tendremos algo para ofrecer. Aquí, el granito de arena lo aportamos en convite.

En los maravillosos suelos de Ricaurte hay mucho por hacer: terrenos decorados con chicalás, otros con hayuelos y, por qué no, uno que otro guamo, que sería una frescura para la especie humana y un manjar para los polinizadores, entre ellos, los hermosos colibríes y las abejitas. Ellos transportan el polen de flor en flor, aportando a la formación de frutos y favoreciendo la producción de nuevas plantas.

**En los maravillosos
suelos de Ricaurte
hay mucho por hacer:
terrenos decorados
con chicalás, otros
con hayuelos y uno
que otro guamo.**

Y esto apenas es poco para hablar de las contribuciones de los árboles nativos. Mi finca se llama El Sirigay: está ubicada en Ráquira y su nombre es atribuido a un árbol nativo de la zona, comúnmente conocido como Baluy, especie que estamos tratando de recuperar, pues ha ido desapareciendo, justamente porque a veces descuidamos lo nativo, lo propio de la región.

Soy **Liliana Páez**, inmersa en una herencia de saberes, afortunada de vivir la historia día a día, de valorar

las raíces y abrazar profundamente la experiencia de mis padres. A ellos les debo todo, en especial su amor por el terruño, que se siente en cada expresión, en cada verso, en cada palabra que hilan.

El Sirigay fue inspiración y fuerza para sembrar, en un terreno un poco seco, muchas plantas nativas: para sentir paz y armonía en el corazón y para atraer cada día a cientos de amigos que polinizan, siembran vida en cada rinconcito. Para despojarnos un poco de lo que hace daño y refugiarnos en el amor de cada emplumado, de cada polinizador que aporta vida día a día y nos hace más llevadero cada momento. ¿Y si todos sumamos un gesto de amor por la tierra, de respeto por la vida y de responsabilidad con nosotros mismos? Es reconocer que lo pequeño también transforma, que lo propio también salva y que cuando cuidamos nuestras raíces, todo es más bonito. 🌀



Caminar en el bosque: botánica nativa de Iguaque



Por María José

Caminar aquí es caminar sobre lo que sostiene la vida. Sobre algo que no se ve del todo, pero que está. Esta caminata invita a entrar en un ritmo distinto. Más lento. Más profundo. Uno entiende rápido que aquí no hay nada que hacer: solo ver, sentir, admirar. Estar aburrida. Estar curiosa. Dejar que el silencio haga su trabajo. Estar presente.

A mediados de enero hice la caminata de Iguaque con tres amigos. El sendero comienza acompañado por el agua. Se cruza una cortina

de lluvia que cae del musgo y luego el agua desaparece bajo la tierra, reapareciendo más adelante. No siempre se ve, pero casi siempre se escucha. El gorgoteo es sutil y constante, escondido entre raíces que se estiran buscando profundidad.

Los muiscas cuentan que de la laguna de Iguaque nació la vida: que del agua emergió Bachué, la madre de la humanidad, con vida en sus manos. Cuando la tierra ya supo cómo sostenerse, ella volvió a entrar al agua. El origen regresando a



su fuente. En esta montaña, el agua no se anuncia. Simplemente circula. Corre por debajo de la tierra sin necesidad de ser vista mientras sostiene todo lo que vive arriba.

Más adelante, el paisaje cambia. Cruzamos un tramo más seco, con árboles dispersos y menos verde. Lo llamo el bosque de piedras. Sobre las hojas secas aparecen esculturas improvisadas: piedras balanceadas unas sobre otras, ensambladas con una precisión paciente. Hay de distintos tamaños y complejidades. Cada vez que hago esta caminata, las esculturas son diferentes e intento agregar algo más. Me imagino el tiempo necesario para encontrar el punto exacto donde una piedra acepta a la otra sin caer. Un poco más abajo, el agua vuelve a emerger. Brota por debajo de una roca

más grande, como si la montaña respirara por ahí. El agua sigue bajando. No como río, sino como pulso. Como algo que insiste. El agua se esconde para seguir circulando.

El sendero luego llegó a un bosque de robles andinos, nativos de esta región. Los troncos son altos y firmes. El sendero es delgado con chusque creciendo alrededor y tiene bromelias que tupen los robles y las hojas filtran la luz. El aire se vuelve más espeso. Del silencio aparecen mariposas transparentes, frágiles como reflejos, casi imposibles de distinguir del aire. Se mueven despacio, como si también escucharan. El bosque no se revela a quien avanza con prisa. Aquí la vida ocurre a otra escala: musgos y líquenes que avanzan milímetro a milímetro, hongos que brotan de lo que ya cayó, insectos que trabajan en lo invisible. Hay verdes brillantes, verdes opacos, verdes casi negros. Cada uno responde a una cantidad distinta de luz, de sombra, de humedad. El musgo no tiene prisa. Su forma de existir es quedarse.

**En esta montaña,
el agua no
se anuncia.
Simplemente
circula. Corre por
debajo de la tierra
sin necesidad de
ser vista.**

Mientras caminamos, hablamos de que acaba de empezar un nuevo año. Recordamos la última vez

que nos vimos los cuatro, el año anterior, y comentamos que el año nuevo chino está por empezar: el del caballo. Pensamos en lo que se deja atrás y en lo que empieza a moverse. Yo miro alrededor. Aquí el crecer y el cerrar conviven sin conflicto. No hay cortes limpios. El calendario intenta ordenar algo que, en el bosque, sucede sin fechas. En el final no solo se acaban las cosas. Es solamente una transición. Un nuevo comienzo.

El bosque sostiene muchos ciclos al mismo tiempo. Mientras un árbol cae y empieza a pudrirse, su tronco se vacía y se convierte en otra cosa. Donde la estructura se debilita, otras formas de vida encuentran lugar. Los musgos altoandinos —de múltiples tonos de verde— cubren la madera húmeda, las rocas, los bordes del agua. Hay helechos azules, helechos andinos escalando entre árboles y piedras.

**El bosque no se
revela a quien
avanza con
prisa. Aquí la
vida ocurre a
otra escala.**

El árbol que cayó ya había dado mucho antes. Durante años soltó sus hojas para pavimentar el suelo, para suavizar tu caminar, para alimentar la tierra. Con ellas dio sombra, reguló la temperatura, retuvo el agua. Fue un hogar, un árbol con flores y semillas, un árbol que dio fruto. En su corteza quedaron nombres

tallados: marcas de caminadores que intentan fijar un momento, dejar constancia del paso. Incluso ahora, mientras se seca y se vacía, sigue dando, porque dar no es solo estar de pie.

Solo hace falta mirar con atención. Al darle la vuelta completa al tronco partido, la vida reaparece. Hongos saprófitos brotan de la madera muerta: cuerpos pequeños y carnosos, algunos con sombreros delgados y casi transparentes. En otros, los colores explotan con naranjas intensos, saliendo desde huecos húmedos como corales. Líneas blancas se estiran como venas sobre la superficie del tronco, estirando el hongo. La madera se transforma lentamente. Lo que parecía quieto, está vivo. Es un nuevo comienzo. No me sabía los nombres de todo lo que veía. Pero no poder nombrar no les quita presencia. El conocer empezó caminando lento, tomando fotos, rodeando el tronco, quedándome el tiempo suficiente para notar. El bosque no pide velocidad. Pide tiempo. Pide presencia.

La caminata termina saliendo por un bosque distinto. Los robles quedan atrás y aparecen pinos rectos, altos y repetidos. El suelo cambia. Las piedras se asoman desde la tierra, duras y expuestas, obligando al cuerpo a ajustar el paso. El cuerpo lo siente antes de entenderlo. Unos pasos más y aparece la carretera. El ruido vuelve. El ritmo se acelera. El bosque queda atrás, pero algo permanece: la frescura del agua fría, llevándose el cuerpo un poco más ligero. ☺

Su majestad, el ecológico fique



El fique entre nuestros montes

Por Olga Lucía Riaño

Un poco olvidada, quizás arrinconada y desechada en los pomposos jardines ajenos, el fique es una de las plantas nativas más generosas y de usos diversos que ha regalado este territorio al mundo.

Surgió hace cientos de años, posiblemente miles, en las tierras altas de los Andes. Recibió el nombre científico de *Furcraea cabuya*, asignado por el botánico francés Étienne Pierre Ventenat, quien, en 1793, describió el género y decidió llamarlo así en honor del conde Antoine de Fourcroy, químico del Real Jardín de las Plantas Medicinales de París. Sin duda, un homenaje por las increíbles propiedades de la planta.

Pero en justicia, popularmente ha conservado su nombre indígena: fique, derivado de alguna de las lenguas chibchas de aquellos pueblos que contaban que fue Bochica quien les enseñó a tejer el jiqui, jica o jique.

Por tradición, entre muchos objetos, el fique ha dado forma a costales para café que han traspasado las fronteras y que fueron con Juan Valdez un emblema nacional. Sus bondades se traducen en lazos, cabuyas, piezas decorativas o de práctica función; carpetas, manteles, alparagas y mochilas que van también por el planeta como un exótico y bello recuerdo de este país tropical



y que narran, con sus colores y nudos, la identidad de nuestro pueblo. En ese tejemaneje, las mujeres han llevado la batuta.

Poco a poco la planta fue perdiendo espacio; había que quitarla para dar lugar a los cultivos; no era apta en los ornamentales diseños y el dañino plástico terminó por arrinconar a la atávica planta y sus productos. El abandono de los oficios tradicionales complicó más las cosas para este gran señor andino. Sin embargo, hoy podría vivir una nueva primavera. Impulsado por la Ley 2232 de 2022, que elimina los plásticos de un solo uso en Colombia, el fique se posiciona como alternativa ecológica fundamental, pues es clave en la elaboración de empaques biodegradables, producción de biogás, abonos y mobiliario sostenible. Esas son solo algunas de sus aplicaciones.

En Boyacá, el fique debería estar elevado a la categoría de patrimonio. En 2011, por ejemplo, Florinda Coy, tejedora y cocinera residente en Sutamarchán, representó a Colombia con gran éxito en el Smithsonian Folklife Festival; con orgullo andaba por Washington explicando a todo el mundo que era imposible dejar morir el fique porque era lo que nos identificaba como pueblo. Increíble, don *Furcraea cabuya*, reclamado por uno de los museos más importantes del mundo, por nosotros fue olvidado. Pero quedan municipios resilientes, como Caldas, Chiquinquirá, Saboyá y Ráquira, que han construido un ecosistema fiquero liderado por productores rurales, artesanas, instituciones y mercados campesinos, y que se articulan en torno a eventos como el Festival del Fique y la Alpargata, que se celebra cada noviembre en Boyacá, Boyacá.

**El fique ha dado
forma a costales
para café que han
traspasado
las fronteras y que
fueron con
Juan Valdez un
emblema nacional.**

Superpoder verde

Este majestuoso señor es también un poderoso ecohéroe. El jugo fermentado de la planta —ese líquido espeso que se desecha después de procesar las hojas para sacar la fibra— sirve para controlar las



malezas con un rendimiento de hasta un 90 %. En otras palabras, para qué el maligno glifosato si tenemos el mejor de orgánicos.

Contrario a lo que se cree, pues en las tierras de este valle parece que se quisiera erradicar, el fique es una planta rehabilitadora de suelos pobres y erosionados. Su sistema radicular es rico en nitrógeno y sus raíces proporcionan materia orgánica a medida que se acumulan y descomponen, acciones muy necesarias en nuestro territorio, o en lo que queda disponible de él.

Las hojas largas y brillantes de este señor de los Andes, que pueden alcanzar hasta dos metros y producir entre uno y seis kilos de fibra al año, son biodegradables, compostables y contribuyen también a la fijación de carbono, lo que convierte a la planta en una aliada clave para la transición ecológica.

Los antiguos usaban el bulbillo (ese que sale cuando florece) como alimento, sobre todo en tiempos de

escasez. El mismo bulbillo es el que se siembra para propagación, a 5-10 cm de profundidad, con la punta hacia arriba y a una distancia de entre 1,5 a 2 metros, en suelos sueltos. No requiere riego constante y se adapta bien a zonas secas.

Debido a las saponinas que posee, el jugo de sus hojas se utilizaba para blanquear la ropa o en medicina veterinaria. Como es muy jabonoso y astringente, se empleaba para lavar heridas superficiales en vacas, caballos, ovejas y perros; limpiar zonas infectadas por larvas o moscas y desinfectar utensilios de ordeño o herramientas de campo. Con mucho cuidado, eso sí, porque puede ser bastante irritante.

Es tan noble la plantita que hasta su ciclo vital es útil. Su majestad el fique puede vivir incluso setenta años en algunos casos, por lo que acompaña a generaciones enteras. Entonces, se convierte en una utilísima cerca viva, que lleva en su ADN saberes y oficios que de alguna manera han resistido el paso del tiempo. Sus fibras, como un «hilo rojo», unen pasado y futuro, tradición y sostenibilidad, y reflejan la dignidad y el ingenio de los pueblos andinos.

Dicen que en tus hebritas
late el pulso del ancestro.
Fique que amarra la vida,
fique que guarda memoria,
con tus fibras se sostiene
lo más hondo de mi historia.
Y cuando el sol de la tarde
dora el filo de la loma,
la cabuya va cantando
al campesino que asoma. 9

VILLA[®] de Letras 2026

25 FEBRERO - 1 MARZO 2026
www.villadeletras.com

Con el apoyo de:



ALCALDÍA DE
Villa de Leyva
SECRETARÍA DE TURISMO



Organizan:

Conexión
Zaquencipa
Estamos escribiendo nuestra historia

Relato
Librería - Centro Cultural

icono
editorial

Entradas y abonos en www.villadedetras.com
o en Librería, centro cultural **Relato** - Villa de Leyva

El borrachero y sus secretos

Por Rosa Suárez Prieto

Muchos imaginarios se han creado en torno a la planta más comúnmente conocida como «borrachero». Su hermosa y llamativa flor, en forma de campana y de diversos colores, nos invita a sembrarla en nuestros jardines. Pero ¿sabemos el porqué de su nombre popular? Tan solo conocemos los imaginarios, convertidos en realidades, sobre sus propiedades.

Las flores pueden ser de diferentes colores: blancas, anaranjadas o rojas; a esta última se atribuye la facultad de «descubrir guacas»

Borrachero, floripondio, trompeta de ángel, cacao sabanero son tan solo algunos de los nombres con los que se les designa en Suramérica, de donde es nativa, y gracias a su capacidad de adaptación se le encuentra en México y Centroamérica. Su nombre científico es *Brugmancia arbórea* de la familia de las solanáceas, es altamente tóxica, aunque históricamente ha tenido



usos rituales y medicinales tradicionales muy controlados. De sus semillas se extrae la escopolamina que actúa sobre el sistema nervioso central y periférico. Sin embargo, es de suma importancia para el equilibrio del ecosistema.

Poco se sabe de su uso antes de la conquista. Aunque existen referencias dispersas en algunas crónicas, es un hecho que su uso data de muchos años antes de la llegada de los conquistadores. Von Humboldt, por ejemplo, menciona que la *brugmancia sanguínea* de flores

rojas era una planta sagrada para los «sacerdotes» en el Templo del Sol de Sogamoso; se utilizaba para la limpieza del espíritu y para trabajar sobre las buenas energías de la persona que la usaba. Era un armonizador que reordenaba el lugar del individuo en el cosmos y en la comunidad, cuestionando y despojándolo de su máscara social, del control de la palabra, de la voluntad. Desde la lógica muisca esto era un acto de revelación cósmica: la verdad emergía cuando el yo se disolvía; los prejuicios individuales desaparecían y se fortalecía el sentido de comunidad, del nosotros en conjunción con la naturaleza.

En otros contextos de la cotidianeidad, las semillas se utilizaban como un aditivo de la chicha. Las hojas y flores molidas se preparan en agua caliente o fría como té. Como medicina se empleaban las hojas en una infusión con una mezcla de tabaco para tratar problemas estomacales, diarreas e inclusive el insomnio. La de flor blanca se usaba para curar el reumatismo; se trata de una medicina efectiva con alta concentración de alcaloides de tropano. Una vez introducidos los perros, se utilizó para la cacería: se mezclaban las hojas y las flores en su comida para que estos pudieran encontrar más presas.

«¡Qué placentero es el aroma de las flores largas y acampanadas cuando uno las huele por la tarde! Pero el árbol tiene un espíritu en forma de águila que llega con el viento y luego desaparece. El espíritu es tan malo que, si una persona se queda

al pie del árbol, olvidará todo, sintiéndose como si estuviera en las alas del espíritu del árbol». Así se expresaba un nativo al referirse a los efectos de la planta. Entendemos, entonces, el porqué de su nombre: borrachero.

Según un informe de 1589, en Tunja, entre los muiscas, «cuando el zaque fallecía, lo acompañaban a la tumba su mujer y sus servidores, quienes eran enterrados en diferentes estratos de la tierra en los cuales no faltaba el oro. Para que la mujer y los servidores no temieran su muerte, se les preparaba con la ingesta de una bebida preparada con la mezcla del tabaco y hojas de borrachero; de esta manera sus sentidos no veían el daño que pronto les sobrevendría».

Era un armonizador que reordenaba el lugar del individuo en el cosmos y en la comunidad, cuestionando y despojándolo de su máscara social.

Las flores pueden ser de diferentes colores: blancas, anaranjadas o rojas; a esta última se atribuye la facultad de «descubrir guacas» porque puede revelar el lugar donde se encuentran tesoros enterrados. Sus hojas pueden tener diferentes formas, unas más alargadas y delgadas, otras más irregulares. Son empleadas para tratamientos de

reumatismo, como eméticos, vermífugos, supurantes. Por sus componentes alcaloides se utiliza, en la actualidad, principalmente en el Alto Putumayo como alucinógeno para la adivinación, y en actos rituales, siendo de uso exclusivo de los taitas o chamanes. El chamán, con el poder de la brugmancia, puede ascender al mundo de los espíritus creadores y allí entrar en comunicación con ellos y así lograr pactar con las fuerzas del mal.

Las especies de borracheros, a pesar de su belleza, son tóxicas y merecen nuestro respeto. En los pueblos originarios, aunque se le considera una planta de los dioses, se le teme por sus efectos poderosos y molestos, con periodos de violencia e incluso de demencia temporal. Por esta razón la encontramos en algunos jardines, tan solo como una planta ornamental, e ignoramos sus propiedades. Se recomienda que la valoremos, respetemos y, en lo posible, la mantengamos a una distancia prudente de la casa. ☞



Brugmancia arborea, de la familia de las solanáceas

La guitarra romántica, republicana, y la tradición constructiva colombiana

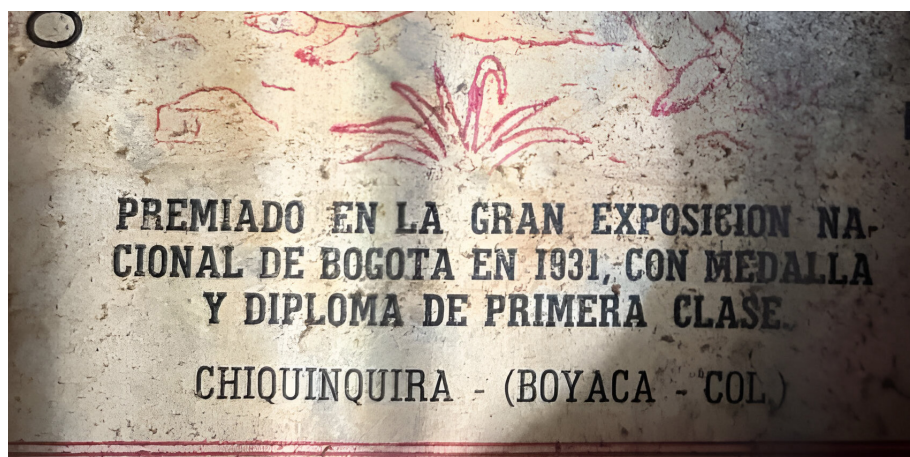
Por Mercurio Bosio

La guitarra romántica del siglo XIX llega a América no como un modelo cerrado ni como un objeto estandarizado, sino como un conjunto de principios constructivos heredados de la tradición europea: caja más ligera, cintura marcada, escalas relativamente cortas y un sonido pensado para el acompañamiento vocal y el uso doméstico, antes que para la proyección en grandes espacios. En este período, cada instrumento era el resultado directo del criterio del constructor, quien ajustaba forma, espesores y respuesta acústica según su propio oído y la relación física con el músico. La guitarra se resolvía en el banco de trabajo, no en planos.

**Cada ejemplar
constituye un
documento histórico
en sí mismo.**

En Colombia, estos principios se prolongan y se transforman durante las primeras décadas del siglo XX,





dando origen a lo que hoy se reconoce como guitarra republicana. Este proceso no corresponde a una ruptura estilística, sino a una adaptación progresiva a las condiciones locales: disponibilidad de maderas, climas andinos, economías regionales y prácticas musicales específicas. El constructor colombiano deja de reproducir modelos europeos para reinterpretarlos, integrando elementos provenientes del tiple, el requinto y la bandola, instrumentos que compartían espacios sonoros y funciones musicales con la guitarra.

**En Chiquinquirá,
coexistieron talleres
familiares consolidados
y constructores
independientes que
compartían mercado
y saberes.**

Como resultado de esta adaptación aparecen guitarras de cajas más compactas, cinturas pronunciadas

y, en algunos casos, soluciones formales poco convencionales, como muescas laterales inspiradas en instrumentos de arco o siluetas aviolinadas. Estas decisiones no responden a un afán ornamental, sino a criterios prácticos de ergonomía, respuesta acústica y estabilidad estructural, propios de una tradición de oficio transmitida oralmente.

Un caso representativo de esta lógica constructiva se encuentra en Chiquinquirá, centro histórico de producción de cordófonos en el altiplano cundiboyacense. Allí coexistieron talleres familiares consolidados y constructores independientes que compartían mercado y saberes. Entre estos últimos destaca Julio Forero, cuya obra evidencia un marcado carácter experimental: bandolas andinas con caja de resonancia de cuzca de armadillo, instrumentos aviolinados y guitarras, tiples y requintos que desbordan las clasificaciones organológicas convencionales. Lejos de la excentricidad, estas soluciones responden a una

comprensión empírica del sonido y a una relación directa con los materiales disponibles.

Los concursos y exposiciones nacionales de comienzos del siglo XX, como la Exposición de Bogotá de 1931, funcionaron como espacios de legitimación técnica entre constructores. En estos encuentros, los instrumentos eran evaluados principalmente por su afinación, equilibrio tímbrico, respuesta y resistencia estructural, más que por su ornamentación. Familias de constructores como los Norato, los Padilla y otros talleres regionales consolidaron este saber, transmitido de generación en generación y orientado tanto al uso cotidiano como a la práctica escénica.

El constructor colombiano deja de reproducir modelos europeos para reinterpretarlos, integrando elementos provenientes del tiple, el requinto y la bandola.

La guitarra republicana colombiana debe entenderse, por tanto, como una continuidad viva de la guitarra romántica decimonónica, adaptada a un contexto social y musical específico. Conserva su carácter íntimo y melódico, pero asume una función cultural ampliada al acompañar la música popular en un país que, mientras consolidaba



su identidad republicana, desarrollaba también un lenguaje sonoro propio. No se trata de una guitarra de fábrica ni de escuela académica, sino de un instrumento construido desde la experiencia, el oído y la práctica, en los que cada ejemplar constituye un documento histórico en sí mismo. 🌀

Amanecer

Angélika Koppel

y todo estaba oscuro...
estaba oscuro

los grillos arrullaban la oscuridad
y luego... luego
los grillos se fueron callando,
más y más grillos se fueron callando

y en casi un silencio
un pajarito cantó
y cantó y cantó su trino
y otro más respondió
y otro más
todos llamaban la luz
festejaban el fin de la oscuridad
festejaban y cantaban a la luz

así es mi alma cada mañana
así es mi alma cada noche

así es tu alma cada mañana
así es tu alma cada noche

despierta...
ama...
y disfruta tu alegría de ser
ser pura vida 🌀



Cuento poético o poética historia el árbol que me vio nacer pacha mama y padre solar de cómo todo es distinto y todo es lo mismo

Angélika Koppel

el árbol que me vio nacer estaba ahí
una y otra vez estaba
ahí
cada vez que yo regresaba a la vida

sus raíces
más y más profundas
cada vez más, más profundas

pajaritos, ardillas, lagartos
orquídeas, líquenes, musgos
transitan por sus ramas dando ese
aroma de vida, de bosque húmedo,
de neblina,
de luz entreverada

el árbol que me vio nacer

cobija la vida que se despliega en mi
interior en mi exterior
sus ramas mi energía, sus raíces mi sangre, su tronco mi
fuerza
el árbol que me vio nacer
alguna vez fue mi padre, mi hermano, mi amante
fue mí misma antes de la alborada de la humana que hoy soy

las raíces
del árbol que me vio nacer se
hunden en la pacha mama trayendo
a sus hojas
la oscuridad, la roca y el fuego trayendo a sus hojas
la vida y muerte y
cuando
yo deje de ser ave, ardilla, lagarto cuando yo deje de ser humana
sus raíces
me estarán esperando me
estarán esperando para
devorarme 🌀



Luna

Angélika Koppel

voy a escribirle a la luna un verso
un verso de amor y de odio por
hacerme mujer
por hacerme hembra
por penetrarme de fecundidad

un verso para cada día por veintiocho días
por no darme descanso jamás jugar con mi temperatura

por llevarme a subir su cuesta en cada
ciclo
para luego lanzarme
al abismo de mi soledad por otro
ciclo más

por condenarme a ir y
volver
y volver a ir ella es
mi guía

y también mi condena para amar
y no poder dejar de amar

hasta el día en que yo la venza
y su naturaleza difícilmente resista y entonces
mi ciclo se aleje de ella y mi muerte lejana
me convierta en sabia

savia de sangre no sangrante que aún
me mueve
en cada luna aparecida
en cada luna desaparecida

mi verso de odio mi
verso de amor de niña,
de hembra, de
mujer y de
anciana

oh luna
yo llevo tu ciclo
y tú llevas mi sangre 🌀



VOCES *al* CAMPO

ENCUENTRA LA BIBLIOTECA DE ESCRITORAS COLOMBIANAS
EN NUESTRA LIBRERÍA Y CENTRO CULTURAL



Relato
Librería • Centro Cultural

www.relatovilla.com ☎ 319 530 2862

Km1 Vía Arcabuco a 200 mts de Bomberos

